

Emosido engañado

Exposición de ascendencia analógica, azarosa e indisciplinada.

A veces se hacen expos como se fabrican tornillos, de uno en uno y todos iguales. Otras, parece que si no terminas levitando es porque eres un insensible con dudoso gusto estético. Y luego hay expos como esta, que no hay por dónde cogerla, toda despeinada y reptiliana, *bella como el encuentro fortuito de un paraguas con una máquina de coser en una mesa de disección.*

Para participar hacía falta cierta predisposición al juego, a la ruptura normativa y al desmaejamiento moral. Refractarios a esa asociación entre talento y éxito que rige el mundo cultural, lo importante sería querer jugar sin saber las normas. Y la expo, *macguffin*. La historia nacería analógica y terminaría digital, como casi todo. Y de aquellos rollos, estas fotos. Entre tanto ha habido un proceso en el que ni los creadores sabían qué iban a exponer ni los comisarios qué se iban a encontrar, dejando que el azar, la imagen latente y cierta esperanza de narración pudiesen dormir en la misma cama. Hubo alguna dudas y desconfianza por ambas partes, como en las partidas de póquer, pero también ganas de asumir riesgos y cierto anhelo de extravagancia.

Al final hay una muestra en la que el relato lo hace, más que nunca, el espectador. Donde las líneas se pueden juntar o vagar eternamente sin mayor pretensión. Un espacio en el que los espacios fuera de campo, en su amplia dimensión, cuentan sin ser invocados y los pies de foto pueden descubrir, repeler, sobornar o acompañar, según sea la predisposición de quién mira. Y queda la pregunta de qué hubiera pasado si con esas mismas mimbres se hubiera intentado hacer una cesta y no una vasija como esta, que no se puede llenar, pero flota. Como un guante de mercurio.